

Inmunidad

Sebastián Santamaría Présiga

Traductor y guía turístico, andariego, escritor ocasional y amante de las historias cotidianas, sebassantamaria@gmail.com

Nos pasaba a Peña y a mí. Jugábamos microfútbol todos los días todo el día. Desde las cuatro de la tarde hasta que nos cerraban el Comfama de Aranjuez nos la pasábamos jugando y hablando, a veces más lo segundo que lo primero. Otros días, íbamos a alguna de las canchas del sector, la Piñuela, la de la plaza de mercado, El Calvario, San Isidro, Las Esmeraldas, San Blas, Moravia, la media luna, la Lorenza, Ciegos y Sordos, el Parque de Aranjuez, las calles de la 84 y, obviamente, la del colegio en los descansos.

Comenzamos en esto de jugar micro todos los días porque no teníamos mucho más que hacer en las tardes. Luego de estar 6 horas en el colegio y de terminar de hacer las tareas en poco más de una hora, ya el resto del día quedaba para jugar *Play*, hablar sobre los futuros que nos esperaban, las mujeres del salón y alguna de las farras a las que nos invitaban cada fin de semana; aunque, sinceramente, prefería quedarme en la casa jugando *Guitar Hero*, *Crash* o salir con alguna de mis amigas a comer algo.

A Peña, o el Gordo, como también le decían, lo conocí en segundo de primaria. Mi primera impresión fue que era muy ágil para su contextura, pues en un recreo marcó un gol de chilena que nos dejó a todos boquiabiertos y sin poder creer lo que habíamos visto. Luego de ese día siempre buscaba la forma de quedar con él en el mismo equipo ya que tenía el don más difícil de adquirir en el fútbol y en la vida en general: hacer las cosas lo más simple posible. En los recreos jugábamos con frecuencia hasta que de un día para otro no regresó. Pasó un largo tiempo, unos cinco años, para volverlo a ver en un salón. Durante ese tiempo se había cambiado de casa y de colegio.

Regresó cuando estábamos en octavo. Una vez le pregunté que qué había hecho en ese tiempo y me dijo que había recibido dos balas perdidas en la pierna. Le dije que dejara de hablar

mierda, porque si fuera así no estaría andando tan campante, “a ver dónde están las cicatrices”, necesitaba ver para creer, al mejor estilo de Santo Tomás. En ese momento que parecía un chiste de mal gusto, se alzó la sudadera y me mostró las cicatrices, una en la pantorrilla y otra arriba de la rodilla.

—¿Qué se siente recibir un balazo? —pregunté sin pensarlo mucho.

—Un quemonazo ni el más hijueputa —respondió Peña.

—¿Pero no sentiste mucho dolor? ¿Apenas un quemón? —interrogué de una manera imprudente.

—Sí, yo solo sentí un quemonazo, como cuando uno está jugando y le dan un balonazo. Yo apenas sentí eso cuando vi la sangre —respondió unos segundos después.

—¿Y podés caminar? ¡Increíble!

—Eso es lo más hijueputa, antes creo que estoy jugando mejor.

Y sí, volvió jugando mejor, no solo jugando mejor, sino también tapando mejor. Esto fue porque durante los años que se cambió de casa se fue a vivir con su papá, quien, durante sus años de infancia, compartió entrenamientos con René Higuíta. Peña aprovechó para aprender los conocimientos de su papá y, de paso, me enseñaba todo lo que aprendía. Íbamos a alguna de las canchas y practicábamos definiciones, penales, mano a mano, achiques, recepción, reflejos y anticipaciones. Eran sesiones largas que terminaban casi todas de la misma manera: con un Tampico y un pan de maíz.

Algo curioso de todo esto fue que casi nunca jugábamos en nuestro propio colegio, pues había una especie de monopolio con la cancha y se hacía muy

difícil tener un espacio en ella y, para rematar, las peleas eran una constante entre todos los grados. Eso nos ayudó muchísimo a pasar desapercibidos durante años enteros, pues no hacíamos sino hablar idioteces y comer cualquier mecato en los períodos que había entre clases.

Fue solo cuestión de tiempo hasta que tocó mostrar lo aprendido en los entrenamientos con Peña. En clase de Educación Física, la profesora organizó un torneo de microfútbol como parte de la evaluación trimestral que se hacía. Ese día, entre el combito con el que me mantenía decidimos sacar un equipo, el cual estaba lejos de tener muchas habilidades técnicas, pero metían güevas y eso era más que suficiente para ganarle al equipo de Nicolás, que lo único que hacía era chimbear la vida dentro y fuera de cada partido. Justamente, comenzamos el torneo jugando contra el equipo de Nicolás: el equipo de los matones del salón. Estaban los clásicos personajes de un grupo de provocadores; el más grande, el más gordo, el que se creía malo y el que tenía una moto. Por nuestra parte, nuestra principal arma era Memo, un negro que jugaba de delantero y tenía como tres pulmones: pasaba todo el partido yendo y viniendo, y además estaba acostumbrado a recibir patadas, cargazos, insultos y agresiones de todo tipo por su color de piel. A lo largo del partido me sentí una estrella, nunca había sentido tantos ojos sobre mí ni me había sentido tan presionado ni responsable jugando de arquero. Era más que obvio que no solo un partido estaba en juego. Muñoz, Nicolás y Alvarán chutaban desde todos los lados; entre los reflejos, los palos, las clases de Peña y el instinto de supervivencia terminé siendo la estrella del partido. Terminamos ganando por un acortado 4 a 3. «Maracanazo en la Camilo Torres», se llegó a decir en los pasillos del colegio.

Luego de dicha presentación, era imposible disimular que mi papel en el microfútbol estaba bajo los tres palos. Tanto del equipo de Nicolás, como del de Ricardo, Mauro y los Mellos, me llegaron invitaciones para que les jugara como arquero. Al inicio me parecía innecesario y las declinaba, pero luego de aceptar una con el equipo de Ricardo donde, después de ganar, recibí 5000 pesos y un vaso de gaseosa, me convencí de que podría ser una buena decisión.

Los partidos se hicieron más frecuentes e intensos. Tanto así que en muchas ocasiones les tenía que decir que otro parcero mío también tapaba. Al

inicio nadie creía que Peña, siendo gordo, medio fastidioso y que parecía siempre cansado, supiera atajar balones y no se dejara fusilar. Grata fue la sorpresa al ver que lo hacía bastante bien. Nuestros desempeños bajo el arco eran impresionantes y ya los otros grados querían que fuéramos sus arqueros. Terminamos siendo nuestros propios jefes e imponiendo nuestras propias condiciones. Decidíamos cuáles partidos jugar y cuáles no, la hora hasta la cual íbamos a hacerlo, las rotaciones entre partido y partido, si preferíamos jugar o tapar y nunca meternos en peleas que no fueran de nuestra incumbencia. Por último, teníamos la condición que daba sentido a todo: nunca poner dinero para apostar, pero, en caso de ganar, sí debíamos recibir recompensa por haber jugado. De esta manera, había días bastante productivos en los que salíamos con cinco, diez, doce y días increíbles de hasta quince mil pesos y algo de comida; hasta nos llegaron a ofrecer marihuana como medio de pago. Por momentos, pensábamos en dedicarnos a ser arqueros profesionales.

Claramente, tanto tiempo en las tantas canchas del sector atrajeron los ojos de nuevos observadores. No solo los pelados de los colegios vecinos nos invitaban a jugar, sino también los de las esquinas. Este tipo de juegos terminaban casi siempre en peleas y trifulcas, pero los pagos eran tentadores, hasta veinte mil por un partido a diez goles. Aceptábamos, pero con algo de miedo y muchísima presión, pues el rango para el error se reducía conforme el premio se hacía más gordo.

Paso a paso terminamos siendo referentes del sector, a veces, sin siquiera jugar, la gente nos saludaba. Tanto tiempo compartiendo nos había hecho a Peña y a mí bastante cercanos.

—¿Qué más, arquero? ¿Cómo estás? —preguntaba alguien que no recordaba haber visto en mi vida.

—Ah, lo más de bien, ¿y vos qué más? —respondía para no parecer descortés.

—Ahora hay un partido en la 49 a las 6, ¿va a caer? Va a estar chimba el coge —anticipaba el chico.

—Me tenés que dar buenas razones para ir. Tengo que estar a las 5 en Comfama, depende de la hora a la que salga de allá le llevo —le advertí con la esperanza de que me dijera que no.

—No, ¡qué güevonada también! ¡Ya toca pedirles cita! —gritó entre ironía y descontento.

—Pues, parece, qué te dijera... yo creo que sí. —Terminé la conversación confiando en que hubiera entendido que no podía estar a esa hora.

Peña había oído toda la conversación y no se inmutó cuando le pregunté si sentía que era muy incómodo rechazar invitaciones de personas que ni idea de quiénes eran.

—Parece, me viene pasando lo mismo. Ya van hasta a buscarme a la casa una gente que ni puta idea de dónde salió.

—¿Y vos les aceptás las invitaciones?

—A veces, cuando es por ahí cerquita sí, pero es que a veces salen con unos partidos en la gran puta mierda que a uno le da hasta miedo subir esas lomas.

—¿Y qué? ¿Al menos los partidos son buenos?

—Uff, hay mucho nivel, aunque también la mayoría de pelados tesos son unos agrandados y son jugando a ver quién hace más payasadas, pero pa qué, tienen talento.

—Me hiciste caer en cuenta de algo, ¿hasta dónde has ido a jugar? —pregunté con curiosidad.

—Men, lejos. San Blas, Parque Gardel, El Pomar, El Raizal, Prado, Santa Cruz, Granizal. Una vez terminé dizque en Manrique oriental, pero eso era como Santa Elena, hasta me estaba ahogando por la altura y hacía el frío más malparido. Me tocaba trotar en el puesto o hacer payasitos para ver si así no me enfriaba.

—¡Uy, marica! ¿Y no te da miedo por allá bajar como a las 9 o 10?

—A veces, pero, ¿sabés qué? Ya los de las esquinas me conocen. Yo a ellos no, pero ellos a mí sí y eso es lo que importa.

—Ahora que lo contás, a mí también. He ido a El Hueco, San Isidro, Moravia, Belén, Robledo y la gente me alza las cejas y yo soy en la mente “¿Quién es este man? ¿Y por qué me saluda?”. Hasta hace poquito una nea, todo trabado, me fue diciendo dizque “uy, arquero, ¿para cuándo me va a enseñar a tirarme las propias voladas?”.

—Ja, ja, ja. Parece, no es el único. A mí la otra vez me llegó un güevon como de 7 años a decirme que cuando fuera grande quería ser como yo. Yo le dije

que primero se tenía que comer toda la sopita y hacer las tareas.

—Vos sí sos un pirobo, Peña, de buena.

Después de esta conversación, corta y graciosa, ambos nos quedamos en silencio unos momentos, pudimos dar cuenta de un hecho que habíamos ignorado desde hacía ya meses enteros. Habíamos hecho de la ciudad nuestra cancha de juego. Pasábamos fronteras invisibles, jugábamos hasta la hora que quisiéramos y, frecuentemente, terminábamos el día con comida y algo de dinero. Jugar en la posición que menos gente disfruta nos trajo la posibilidad de caminar libremente por las lomas de todas las comunas de la ciudad y hacer del arco nuestro lugar seguro. ■

